



Carlos Valenti

Carlos Mérida

1982

Las artes visuales contemporáneas de Guatemala no han tenido sino dos personalidades a quienes podría llamárseles geniales, Carlos Valenti y Roberto Ossaye. Ni yo mismo podría aventurarme a pensar en llegar a la altura artística de aquellos dos predestinados. En nuestra tierra, tan propicia por muchas razones para emprender aventuras en el campo del arte pictórico, no han faltado talentos excepcionales, pero nunca con los alcances de aquellos dos elegidos que dejaron tan prematuramente las lides de este mundo. El genio es arrollador, no mide, no calcula, no analiza, está lleno de confusiones mentales, es contradictorio. Sus motores están más allá de toda posibilidad explicativa. El talento se manifiesta a la inversa, opera bajo una tarea de disociación y reasociación, lo que implica labor analítica, juego mental. Valenti y Roberto pertenecieron a la clase de seres en los que la disposición, la fuerza ignota, el designio divino eran inherentes a ellos mismos.

Conocí a Valenti cuando llegué por segunda vez, desde mi tranquila Quetzaltenango, a la ciudad capital, en busca de momentos mejores para algo que en mi era aún confusos y sin definición. Tenía yo apenas 17 años de edad. Me encontré, entonces con un grupo de jóvenes pintores que laboraban en gran cohesión y que capitaneaba Jaime Sabartés, un catalán venido a Guatemala en busca de fortuna, comerciante por accidente pero animador de artes plásticas por naturaleza. Su casa era centro favorito de reunión para hilar eternas discusiones que tenían la virtud de suscitar estímulos y crear anímicos vivos y actuales. **Valenti se perfilaba en aquel cenáculo como el faro que todo lo iluminaba, con un don natural sin imposiciones bastardas, llenos de delicadezas. Sabía guiar y crear a la vez.** “Parecía un Príncipe de la Casa de Orange”, decía de él Rafael Arévalo Martínez, y en efecto, no era sino un auténtico príncipe por el espíritu. Su personalidad era atrayente, a pesar de sus ensimismamientos y de su introspección. Todos lo queríamos, tal vez lo adorábamos. Con él fui por primera vez a Europa y allá fui testigo de su trágico fin.

A los 22 años de edad tenía ya lo que se llamaba “un estilo”. Su auténtico genio se manifestó desde un principio, sin titubeos, sin vacilaciones. A la inversa de lo que ocurre con los vocativos de talento, a quienes se les ve caminar a obscuras, en innumerables tanteos, sujetos también a innumerables influencias. **Valenti era un iluminado: las influencias las ejercía él, sin quererlo, sin pretenderlo. Sabía ser un amigo y sabía ser un maestro. Su personalidad irradiaba entusiasmo, generosidad, era dadivoso material y espiritualmente. En lo que atañe a mí, le debo, sin duda el no haberme perdido en el camino.**

Para la época en que Valenti vivió, su obra era de una audacia sin límites; desde que él tomó un lápiz, su trazo fue rotundo y definitivo. Si Guatemala hubiera tenido la fortuna de que este singular artista hubiera alcanzado más edad, sería en el momento una figura internacional de acusadísimo perfil. Ossaye hubiera hecho otro tanto. Orozco en México, otro genial, tuvo el signo de alcanzar la cumbre. Tal vez así hubiese ocurrido con los nuestros.

Las modalidades que se operan en las artes pictóricas y en las artes en general, corresponden a periodos diversos, en sus alzas y sus bajas. El arte no evoluciona: simplemente se acomoda a cierta línea ondulante en la que los ciclos acusan una decadencia, para dar comienzo a otro. Las pinturas de Cromagnon son tan emocionantes como una tabla de Lorenzetti o como una pintura de Picasso. Valenti vivió su época y, dentro de ella, llevó a la realidad un copiosísimo trabajo, como si presintiese que su fin estaba ya próximo. Acaso no ocurrió lo mismo con Mozart, con Modigliani, con Rafael. Comenzaba el cubismo –que vimos de cerca y de primera mano con Sabartés- y la etapa impresionista tocaba a su fin. Carlos, que aún no había salido de Guatemala, había vislumbrado las

nuevas corrientes de aquella época. Don Manuel Moreno trajo consigo a nuestra patria a Colom, a Mir, a Nonell. Aquellas novedades no estaban muy por encima de la visión de nuestro artista, quien, con su intuición habíase colocado ya, de golpe, en el mundo actuante de las artes visuales sin más guía que su propia y fecunda condición de vidente. De esta suerte, la mejor labor de Carlos la hizo en tierra nuestra, ya que cuando llega a París su bello cuerpo y su bello espíritu estaban en garras de la neurastenia más aguda. Sus pinturas guatemaltecas son tan excelentes a los 40 años de ejecutadas como cuando salieron de sus manos de adolescente, y este hecho no hace sino justificar mi manera de pensar. Conservo para mi deleite dos pequeñas telas, pintadas en un día lluvioso, allá en el viejo Potrero de Corona. La luz, la delicadeza del color, la sensibilidad de la textura, las yuxtaposiciones de los tonos, acusan obras perfectas y vivirán, así de elocuentes, mientras haya quienes puedan apreciarlas.

El Juicio suele definirse como simple enlace de conceptos o como conexión enunciativa de ellos, siendo que el concepto es la significación abstracta, a la par que elemental, de los objetos, y por extensión de la obra intelectual. ¿Cómo podríamos dentro de esas sencillas consideraciones, establecer un juicio adecuado sobre la obra de Valenti? ¿Cuáles son las características más salientes de la pintura de nuestro artista?

Por una parte, en el trabajo de Valenti existe claramente el proceso de recreación necesario a toda buena pintura. Por la otra, existe la dosis necesaria de poesía sin la cual no puede reconocerse como de alta calidad alguna obra pictórica. Este último fenómeno no puede ocurrir si no se hace apreciable, de antemano, la primera condición establecida de la pintura, para el caso, sufrir la transformación de valores reales a valores plásticos. En unas épocas se ha hecho más visible lo real. En otras, aquello se observa en menor dosis, los mayas del primer imperio, los babilonios, estilizaban la figura humana y el paisaje. Durante el Renacimiento el realismo fue algo más palpable, en la actualidad, lo perceptible apenas se deja entrever, pero, a fin de cuentas, se advierte igual bondad. **En Valenti hubo siempre aquella transmutación de valores reales a valores poéticos, patentes con toda exactitud: por ello su obra es perdurable porque fue moderna, audaz, profética para su tiempo.**

En sus paisajes es concluyente su “impresionismo” –escuela tendiente a la disolución de la luz-. Sus texturas son maravillosas, logradas mediante adecuada conjunción de pequeños toques de tono, en delicadas o encendidas armonías cromáticas y sin que en ellas se advierta la más pequeña falla. Trabajó también la figura humana y retratos con los mismos procedimientos, logrando en ellos acusados caracteres personales. El retrato de Jaime Sabartés, que yo poseo, constituye una muestra acabada de la técnica, y podría compararse a cualquier buen trabajo de la escuela ya nombrada, tal vez a alguno de Mary Cassatt, si se nos forzara a hacer tal comparación. La sensibilidad con que manejó Valenti los colores era sorprendente y sus armonías tonales eran muy celebradas, aún en aquellos casos en que debía forzar su paleta.

En sus dibujos coloreados, una realidad sublimada estaba a muchos pasos de la imagen que la originaria. Mientras la maestría de Alfredo Gálvez Suárez apenas alcanzaba una impecable pericia ilustrativa, con temas semejantes, **Valenti alcanzaba campos líricos de gran excelencia.** Todos sus dibujos, al carbón, acuarelados, al lápiz, a la sanguina, más bien semejaban una desviación a su trabajo impresionista, quizá alcanzando ya los futuros experimentos del “expresionismo”.

No puede hablarse en el caso de Valenti, de madurez “en cerner” o de artista muerto apenas en promesa. Él, a los 22 años de edad, llegó a lograr plena maestría, plena madurez, cosa que influyó en todo cuanto hicimos los que nos formamos a su vera. Ahora, cuánto pudo haber hecho más adelante si la muerte lo hubiese respetado es cosa sencilla de vaticinar, si nos basamos en lo que en tan corto lapso pudo realizar.

Origen Documento:

Publicado en el libro de Valenti, Walda, **“Carlos Valenti: aproximación a una Biografía”**.
Serviprensa Centroamericana, 1983. Pág. 92-95.